

El olvido de lo esencial

Jesús Rodolfo Santander*

Por todas partes, en el mundo de hoy, aparecen signos inequívocos de una barbarie que olvida el fundamento espiritual de nuestra existencia histórica y sacrifica lo esencial al progreso material indefinido y al consumo. Contra ese olvido, la respuesta es la memoria de lo esencial. A este asunto dedico el presente escrito. El escrito, que quiere ser también un homenaje a Antoine de Saint-Exupéry,¹ rememora un texto del poeta francés no sin la esperanza de que entre sus líneas brille, aunque más no sea por un momento, esa luz hoy tan indispensable que irradia de su obra.

Ante todo debo confesar que, después de proponerme este tema, me pregunté si no corría el riesgo de ser mal comprendido y si no actuaba con cierta temeridad al hablar de lo esencial y de su olvido fuera del ámbito académico bastante especializado en que me desenvuelvo, pues —me preguntaba— ¿quién habla en nuestros días todavía de lo esencial, si no es algún filósofo, algún poeta o, más raramente, algún humanista? ¿Quién pregunta sobre semejantes cosas hoy, cuando en la vida concreta de todos los días, sea que se trate del medio de los negocios, el de la vida política o el de la familia, el del ejercicio de una profesión o el del trabajo, domina la urgencia y la necesidad, la búsqueda del poder, el afán del dinero, el deseo de conquista, y ya no se habla más que de eficacia, de utilidad, de velocidad, de competencia, de interés, de ganancia, de éxito o de prestigio? Pues éste es el lenguaje que efectivamente hablan los periódicos y los anuncios de televisión. ¿No es éste acaso el lenguaje que invade la vida de los negocios y de la familia, la de los deportes y el del trabajo, incluso la vida intelectual y la cultura?

Mafalda, el personaje infantil de Quino, el célebre monero, expresa a su manera esta situación. Pasando al lado de unos obreros que han cavado un pozo bastante profundo en la acera de la calle, se inclina hacia ellos y les pregunta: “¿Están buscando la raíz de lo nacional?” Uno de ellos levanta la cabeza y le responde: “No. Estamos tapando una fuga de agua.” Mafalda suspira y termina entonces la conversación diciendo: “¡Ah! Siempre postergando lo importante por lo urgente”.

Mafalda —o Quino a través de Mafalda— hubiera podido expresar la misma ocurrencia también de esta manera: “Siempre postergando lo esencial por lo útil”. Este “siempre” de Mafalda no indica que los seres humanos no puedan

* Profesor-investigador del Colegio de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, BUAP.

¹ El escrito fue leído en un círculo de amigos en el año 2001, año del centenario del nacimiento del poeta.

plantear nunca la pregunta por lo esencial (aquí tomo “esencial” como equivalente a verdaderamente importante en la existencia de alguien, también como algo fundamental para los seres humanos). En efecto, si la postergan, es porque de alguna manera, aunque no sea más que de una manera tímida, la pregunta ha asomado en su espíritu. El “siempre” de Mafalda no quiere decir que es imposible que alguien acoja la pregunta. Simplemente indica lo que pasa por regla general en la vida cotidiana, dejando entrever que es más bien la excepción a la regla que alguien la haga suya y se ponga a buscarle una respuesta. La pregunta es desplazada siempre para después, porque —como se dice— “ahora no hay tiempo”. El ahora de la vida cotidiana está siempre ocupado con cosas urgentes, útiles, necesarias, prácticas. Por lo regular estamos en la vida de todos los días preocupados con algo que sirve para algo, es decir, con ciertos medios para alcanzar ciertos objetivos, objetivos, que a su vez son medios para alcanzar otros objetivos, los cuales de nuevo no son más que medios. Nosotros mismos no podemos evitar ser medios para otras personas, ni a nuestro turno tomar a los otros como medio. Llamo al empleado de teléfonos para pedirle una información que necesito, me piden la firma para un crédito. La salud, que es un fin para mí, no es para la farmacia más que un medio de lograr una ganancia. La reparación de una grave injusticia cometida contra un ciudadano es el medio por el que un abogado obtiene honorarios y prestigio. La revelación contenida en un gran libro no es para la industria editorial más que un medio para obtener pingües beneficios con su venta. Lo que hacemos en nuestra vida práctica cotidiana tiene el carácter de medio, lo que significa que nada es en ella por sí, que todo es medio para todo: es mediación universal. En estas condiciones, la pregunta por lo esencial no tiene un lugar entre las preocupaciones cotidianas de los adultos y tiene que manifestarse como algo insólito, y hasta inoportuno, para quien se ocupa —como le dicen las personas grandes a los niños— de las “cosas serias” de la vida. Como se recordará, ésta es precisamente la respuesta que recibe de las personas mayores que conoce en sus viajes por el cosmos el pequeño personaje de *El principito*, la célebre obra poética de Saint-Exupéry. El *bussinessman*, tan absorbido en el negocio de adueñarse de las estrellas que ni siquiera levanta la vista a la llegada de su maravilloso visitante para saludarlo, tan ocupado está con sus cálculos, le espeta sin más que posee 500.622.731 de ellas, al mismo tiempo que le dice: “Yo soy serio. Yo soy preciso”. El principito, que no comparte la idea de seriedad que tienen las personas mayores, no toma al especulador muy en serio y reacciona diciéndole sin titubear: “Yo poseo una flor y la riego todos los días. Yo poseo tres volcanes que deshollino todas las semanas... Es útil a mis volcanes, y es útil a mi flor que yo los posea. Pero tú no eres útil a las estrellas”. Por cierto esta respuesta no carece de verdad; pero, como veremos, ni la utilidad ni la posesión serán la última palabra en la búsqueda del principito de un conocimiento que le permita comprender de manera más esencial sus relaciones con las cosas de su mundo. El episodio del *bussinessman* al que me refiero se sitúa más bien al comienzo de su camino, antes de su llegada a la tierra, y de lo que serán para él importantes revelaciones. Sin embargo, su mirada no se equivoca sobre el carácter ilusorio del poseer, porque la relación que él mantiene con las cosas es más íntima y no es, en todo caso, una relación de tener sino de ser.

Estamos, entonces, evocando aquella obra de Antoine de Saint-Exupéry llamada *El principito*. Muchos de ustedes la habrán leído y recordarán que el avión

en el que viajaba Saint-Exupéry, quien en la ficción que referimos— así como en la vida real— era piloto, había sufrido una avería que lo había forzado a hacer un aterrizaje en pleno Sahara, a mil leguas de cualquier lugar habitado por el hombre, urgido por resolver un problema mecánico difícil, un problema en el que le iba la vida, pues sólo tenía agua para unos pocos días. En estas circunstancias se aparece ante él, con toda sencillez, el principito, un niño de alma de diamante que no pertenecía a esta Tierra, un ser que venía de otro mundo y con quien entrará en la intimidad de un diálogo que durará varios días. Así podrá el piloto adivinar que este ser extraterrestre habitaba un diminuto y desconocido planeta, del que se ocupaba con diligencia, limpiándolo de plantas dañinas y deshollinando sus tres diminutos volcanes, y sabrá que amaba las puestas de sol y que cuidaba con solicitud la única flor de su mundo, una rosa coqueta, considerada por él como realmente única en el universo, una flor que él no podía imaginar perecedera. Pero no había entendido bien el carácter femenino de la flor, y entre él y ella había nacido una incompreensión que le había decidido a abandonarla y a partir. Su viaje errante le llevará, antes de caer en la Tierra y encontrar al poeta, a visitar e interrogar a una serie de excéntricos personajes (el rey, el borracho, el hombre de negocios, etc.) que viven aislados en los minúsculos mundos respectivos de sus pequeños planetoides. El principito quiere, sin duda, comprender la naturaleza del habitar su propio planeta y el carácter de su relación con la rosa. Sus preguntas serán, por eso, siempre esenciales. Si él nunca responde a preguntas —por lo general nacidas de la curiosidad vana o de la curiosidad que su propia persona despierta en el propio poeta— es porque en ningún momento olvida la búsqueda de una solución para el enigma que lo atraviesa y que lo tiene en suspenso. Sólo la solución del enigma es importante para él. Y cuando el zorro le ayuda a resolverlo revelándole su secreto, habrá por fin comprendido, y habrá dejado entonces de tener sentido para él postergar un minuto más el retorno a su pequeño planeta y a su rosa. La picadura mortal de la serpiente, que él mismo ha solicitado, le ayudará a abandonar inmediatamente “esta tierra de granito” y a volver a su planeta; pero no volverá a éste con el propósito de modificar nada en su entorno. Es sólo su mirada la que se habrá transformado y es esta transformación lo que le permitirá ahora abrazar más esencialmente las relaciones que mantiene con su flor y entender mejor lo que significa habitar un mundo.

¿Pero qué aprendió el principito en sus viajes por los planetoides y en su posterior estancia en la Tierra? Con el geógrafo, que no acepta incluir en su libro la rosa del principito —porque que en los libros de geografía sólo se describen los accidentes geográficos perennes de un país y que una rosa es sin importancia porque es algo pasajero— el niño aprenderá el significado de la palabra “efímero” y que las personas mayores no dan importancia a lo efímero. Con el geógrafo adquiere, sobre todo, el conocimiento doloroso de que su rosa está “amenazada de desaparición próxima” y comprende que no debería haberla abandonado. Al revés que el geógrafo, el descubrimiento esencial del carácter perecedero de la flor —que es el descubrimiento de la temporalidad finita— le revela la importancia que esa rosa tiene para él. Los siguientes encuentros no harán sino acrecentar esa importancia; pero antes habrá de sufrir también la prueba de la desilusión.

En la Tierra, el principito encuentra un jardín lleno de rosas.

- Buenos días, dijeron las rosas.

El principito las miró. Se parecían todas a su flor.

- ¿Quiénes sois? Les preguntó estupefacto.

- Nosotras somos rosas, dijeron las rosas.

- ¡Ah! dijo el principito...

Y se sintió muy infeliz. Su flor le había contado que ella era la única de su especie en el universo. ¡Y he aquí que había cinco mil, todas semejantes, en un solo jardín!

El engaño, provocado por su vanidosa flor para darse importancia, termina en la desilusión. Pero lo importante no es para él tanto que la rosa lo haya engañado, sino que pierda el carácter de ser la única rosa en el mundo. Que haya tantas rosas es un golpe duro a la solicitud amorosa que el principito experimentaba por su flor, pues le parece una prueba concluyente de la insignificancia de su flor y finalmente de la suya propia:

Yo me creía rico con una flor única, y no poseo más que una rosa ordinaria. Eso y mis tres volcanes que me llegan a la rodilla, y de los cuales uno está quizás apagado para siempre, eso no hace de mí un gran príncipe...

La desilusión no será, sin embargo, la última verdad en la odisea de este ser extraterrestre, ni desde luego tampoco el número y la cantidad son la última palabra en el pensamiento poético de Saint-Exupéry. Al personaje de un zorro confía el poeta la delicada tarea de volver a encantar el alma del principito, pero no con mentiras piadosas sino con una enseñanza que yo creo muy digna de ser tenida en cuenta por nosotros mismos, al menos en tanto habitamos un mundo desertado por los duendes, un mundo construido por personas mayores en el que sólo cuentan la cantidad y los números.

Ya llegado a la Tierra y vagando solo y erráticamente por parajes solitarios en busca de hombres, porque necesita de amigos, el principito había encontrado un zorro. Lo encuentra bonito y lo invita a jugar con él; pero el zorro no acepta: "No puedo jugar contigo, dice el zorro. Yo no estoy *domesticado*".

Yo traduzco a veces por "domesticado", a veces por familiarizado o amansado, la palabra francesa *apprivoisé*. El infinitivo *apprivoiser* puede traducirse por familiarizar, amansar, y también acostumar. Para el diccionario Petit Robert significa: volver menos temeroso o agresivo a un animal salvaje, volverlo familiar, doméstico. También volverlo más dócil, más sociable. No es domar. Domar es poner a otro en estado de sumisión, dominándolo o conquistándolo. *Apprivoiser* puede entonces decirse de un animal, por ejemplo, de un pajarito, o de un niño al principio huraño, o incluso de una idea o sentimiento. Pero el zorro tiene una mejor definición que la del diccionario. Al principito, que le pregunta qué significa esa palabra, el zorro se la explica de esta manera:

- Es una cosa demasiado olvidada. Significa "crear lazos..."

- ¿Crear lazos?

- Por supuesto, dice el zorro. Todavía tú no eres para mí más que un muchachito completamente igual a cien mil muchachitos. Y yo no tengo necesidad de ti. Y tú tampoco tienes necesidad de mí. Para ti yo no soy más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero si me domesticas, tendremos necesidad uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo...

- Comienzo a comprender, dice el principito. Hay una flor... creo que me ha domesticado...

El zorro, que lleva una vida monótona y se aburre, le pide al principito que lo domestique.

Si tú me domesticas, mi vida estará llena de sol. Yo conoceré un ruido de pasos que será diferente al de todos los otros. Los otros pasos me hacen meterme bajo tierra. [Se refiere a los hombres, que él no conoce más que como cazadores con armas de fuego] El ruido de tus pasos me hará salir a la superficie, como una música. ¡Y además, mira! ¿Ves allá los campos de trigo? Yo no como pan. El trigo es para mí inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Y eso... es triste! Pero tú tienes cabellos color de oro. ¡Entonces será maravilloso cuando tú me hayas amansado! El trigo, que es dorado, me hará acordarme de ti. Y yo amaré el ruido del viento en el trigo...

El principito asimila la lección del zorro, pero no está dispuesto a domesticarlo: "Me gustaría, pero yo no tengo mucho tiempo, le dice. Tengo amigos que descubrir y muchas cosas que conocer".

En la respuesta que le da el zorro hay otra profunda enseñanza:

No conocemos sino las cosas con que nos familiarizamos. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas ya hechas en los comercios. Pero como no hay comercio de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si tú quieres un amigo, amánsame.

El zorro, incluso, le explica cómo debe amansarlo, de cuánta paciencia debe usar con él para lograrlo. Por último le ordena ir a ver las rosas y le dice: "Tú comprenderás que la tuya es única en el mundo. Tú volverás a decirme adiós y yo te regalaré un secreto".

Los duendes han vuelto al mundo. Con el alma reencantada, el principito podrá decirles a las rosas, bastantes molestas, por cierto, al escucharlo:

Vosotras no sois de ninguna manera semejantes a mi rosa, vosotras no sois nada todavía. Nadie os ha domesticado y vosotras no habéis domesticado a nadie. Vosotras sois como era mi zorro. No era más que un zorro semejante a cien mil otros. Pero yo hice de él mi amigo, y él es único en el mundo.

Y también les dice:

Sois bellas, pero vacías. No se puede morir por vosotras. Por supuesto, un pasante ordinario creará que mi rosa se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras juntas, porque es a ella a quien yo he regado, porque es a ella a quien he puesto bajo una campana de cristal. Porque es a ella a quien abrigué con la pantalla. Porque es a ella a quien le maté las orugas (salvo dos o tres para las mariposas). Porque es a ella que la escuché quejarse, o jactarse, o incluso a veces callarse. Porque es mi rosa.

Y cuando vuelve a despedirse del zorro, éste le dice: "He aquí mi secreto. Es muy simple: sólo vemos bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos".

Y también: "Es el tiempo que has perdido por tu rosa lo que hace a tu rosa tan importante".

Y por último: "Los hombres han olvidado esta verdad. Pero tú no debes olvidarla. Tú te vuelves responsable para siempre de lo que has domesticado. Tú eres responsable de tu rosa..."

Éstas son las cosas esenciales de las que hablaba al comienzo. Y éste es el olvido al que quería referirme. Este olvido no es irremediable. Hay cosas que

nos ayudan a salir del olvido. No son forzosamente cosas agradables. Para no salir del poema, el descubrimiento de la vida efímera de la rosa nos descubre la finitud de la vida de quien amamos y solidariamente la de nuestra vida misma, pero también nos descubre el inmenso valor de lo que se ama, sobre todo cuando comprendemos que la existencia de lo que amamos tiene lugar una sola vez, nada más que una. Sin retorno. Pero esto no lo descubrimos con la mirada del cálculo, sino con la mirada del corazón. *L'apprivoisement* descubre así el carácter genuino de nuestra relación con el mundo y nos enseña que habitar el mundo no significa explotarlo técnicamente en nuestro interés —económico o político— por medio de una producción desencadenada que busca sólo mayor rapidez y rendimiento, sino crear, por medio de un trato amoroso que requiere de tiempo y paciencia, relaciones familiares que puedan hacer algún día de esta tierra de granito nuestra casa.

La poesía sigue otros caminos que los de la filosofía. Y sin embargo, la búsqueda poética de Saint-Exupéry no es ajena a la filosofía, pues también el filósofo busca lo esencial y distingue la verdad de la apariencia. También él quiere comprender lo que significa habitar el mundo que habita y conocer el verdadero carácter que debe tener su relación con las cosas y con las personas en ese mundo. También él se siente a veces en una tierra de granito, y en la agitación cotidiana puede parecer a los demás un ser extraterrestre. Son las razones por las que, creo, a quien anda por los caminos de la filosofía le reconforta encontrarse en alguna senda con un poeta como Saint-Exupéry. Y no es de extrañar, entonces, que quiera crear lazos de familiaridad con su poesía y llegue a hacerse amigo de su obra.